

Ricardo Donoso (*)

La sátira política en Chile

I



DESDE mucho antes que la capital del Reino de Chile dispusiera de imprenta como herramienta para difundir ideas y doctrinas, vemos la aparición de pasquines como expresión de sentimientos, conceptos políticos o simplemente de rencores y pasiones personales. Pero, en vísperas de la reunión del Congreso del año 1811, en que la idea emancipadora había hecho un progreso considerable, los ánimos aparecen vivamente exaltados y a través de los pasquines que se difunden en la ciudad es visible la lucha de las

(*) Ricardo Donoso.—Profesor de Historia de Chile en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, Director del Archivo Nacional. Es uno de los historiadores más eruditos. Es autor de prolijas biografías de Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, Antonio José de Irisarri y Ambrosio O'Higgins. Redactó los capítulos que tratan de la evolución social de Chile desde la Constitución de 1833 hasta el presente en la gran Historia de América, dirigida por Ricardo Levene. En las ediciones Fondo de Cultura Económica, de Méjico, apareció su denso volumen: «Las ideas políticas en Chile». Ha escrito, además, numerosos ensayos históricos sobre diversos puntos del desenvolvimiento nacional, aparecidos en distintas publicaciones, y, en especial, en la Revista Chilena de Historia y Geografía, de la cual es su Director.

Los capítulos que publicamos constituyen la primera parte del libro que con el mismo título publicará la Editorial Nascimento el año próximo

tendencias, el temor que despiertan las doctrinas de los filósofos del siglo anterior y el propósito de poner en solfa a sus más decididos sostenedores. Poco después de la elección de diputados, desde el 10 de mayo, un anónimo pendolista comenzó a difundir por las calles de Santiago algunos versos, que denominó con el título general de glosas, en los que se satirizaba a todos los que habían abrazado el partido innovador. En una de ellas decía:

Chilenos: ¿queréis en todo acertar?
Pues mirad, emplead las balas:
En el francesito Salas,
En Rojas y también Vial;
Nada tenéis que arriesgar
Y ellos menos que perder,
Porque su maestro Voltaire
Que esta vida de contado
Ya les tiene asegurado
Resulta no ha de tener.

Los aludidos eran por cierto don José Antonio Rojas, don Manuel de Salas y don Juan de Dios Vial, que se habían pronunciado por el nuevo sistema, como se decía en el lenguaje de la época. Para ese partidario del antiguo orden de cosas, y que resultaba un versificador fácil, no podía escapar de su picotoncito el doctor don Juan Egaña, que soñaba con pasar a la posteridad ostentando el título de organizador político de esta parte de la América. En otro pasquín que circuló por esos días lo retrataba en estos términos:

Lo mismo les dice Egaña,
Y esto lo firma de hecho
Con el público Derecho
De Rousseau con quien se amaña,
Así forma su maraña,
Valiéndose con denuedo
del cándido de Argomedo
Para que éste con su orgullo,
Como que es un saramullo,
Todo lo vuelva un enredo.

En los numerosos pasquines que circularon por esos días, y que con paciencia recogió el laborioso cronista don Manuel Antonio Talavera, encontramos las semblanzas de cuantos ya habían arrojado la careta de la fidelidad al amado Fernando y trabajaban con todas sus energías por el nuevo sistema: Rojas, Vera, Salas, Martínez de Rozas, a quienes el pendolista caracteriza con persistente hostilidad. La aparición de esas hojas volanderas constituía una novedad tan sorprendente, y alarmó tan profundamente a la autoridad constituida, que determinó la erección de un Tribunal de Seguridad Pública, instalado el 1.º de junio de 1811, destinado a reprimir la acción desmoralizadora de esas sátiras corrosivas. Pero esta iniciativa fué poco menos que contraproducente, pues ante la amenaza de las sanciones arreció la actividad del anónimo pendolista o pendolistas, entre quienes parece no desdeñó incorporarse el mismísimo Camilo Henríquez: era la opinión incipiente que buscaba afanosa los cauces para manifestarse.

De toda esa primera literatura satírica, expresión del zumbón espíritu criollo que daba sus primeros pasos, nos ha quedado también un testimonio elocuente en ese *Primer llanto de la patria*, conservado por los memorialistas y que bien merece los honores de la reproducción. Dice así:

Santiago, como inconstante

Infante

Y malicia sin igual

Vial

Contribuyen a tu deshonra

Matorras

De los males que ya llevas

con indecible tormento

son sin duda el instrumento

Infante, Vial y Matorras.

Pero más inconsecuente

Benavente

A viva fuerza y tesón
con
Una diligencia extrema
Mackenna
Mas ¡ah! qué de llanto y pena
Se te infiere ¡oh triste pueblo!
Creyendo que es tu consuelo
Benavente con Mackenna.

Que desertores venales
Rosales
Movieron entre otras cosas
Rozas
En sí las más espinosas
Rojas
Fuesen o no paradojas
Sangre ha corrido y verás
Que harán correr mucho más
Rosales, Rozas y Rojas.

Piensan de esto separarles
Portales
O dejas aquesta casta
Lastra
Porque ha perdido ya el tino
Campino.
Eso sí que es desatino
Que no podrán conseguir
Pues la pena han de sufrir
Portales, Lastra, Campino.

El cielo y toda la esfera
Vera
En testigo que relata
Plata
Lo infeliz de su asonada
Encalada
Jesús y que turbonada
Se te acerca Chile: fuego,
Que te abrazan desde luego
Vera, Plata y Encalada.

A degüello olor exhalas
 Salas
 Pues con terrible denuedo
 Argomedo
 Dió principio al mal que lloro
 Toro

Y su prole: ¡oh! qué tesoro
 De males! Y es de advertir
 Que los van a repartir
 Salas, Argomedo y Toro.

Mas de suerte tan escasa
 la casa
 Como la que ya se ve
 de
 Te tocará al cabo y fin
 Larraín
 Esta ha sido y es en fin
 Quien moviendo el mejor pueblo
 Dió con su tierra en el suelo
 La casa de Larraín.

Eyzaguirre y Chavarría
 algún día
 Cerda, Alcalde en sus corrillos
 grillos
 Labraron todas las penas
 cadenas
 Que vierten lágrimas tiernas
 A esta inmensa población;
 Tendrán por su traición
 Algún día, grillos, cadenas.

De todos esos primeros ensayos satíricos, dejó persistente memoria entre los contemporáneos uno intitulado *La Linterna Mágica*, que ha constituido un verdadero misterio para los escritores nacionales, y que un feliz acaso ha permitido salvar recientemente para la posteridad. Circuló con ocasión de la reu-



EL CHARIVARI.



Lección del discurso del 1º de Enero.

El Presidente Pérez leyendo su mensaje ante el Congreso, EL CHARIVARI, 1867.



EL PADRE COBOS, 1875, caricaturas alusivas a la campaña presidencial.

nión del Congreso inaugurado el 4 de julio de 1811, y sobre él escribía el acucioso Talavera: «El día 14, en vista de los muchos pasquines que salían contra los de la facción del Cabildo, unos con el nombre de «Linterna Mágica», o «Titilimundi», otros en forma de diálogo, todos ellos los más denigrativos contra los mismos que forman el Congreso, se trató en él sobre poner remedio a estos expurgatorios de las opiniones personales» (1).

Fué la obra de don Manuel de Salas, que se complacía en cultivar ese género de la sátira intencionada y mordaz, no exenta de ática agudeza, en la que hacía un retrato de cuantos tuvieron asiento en aquella asamblea deliberante, en la que desfilaban tanto los partidarios de las mutaciones políticas como los que se aferraban al sector retrógrado. A don Juan Martínez de Rozas lo retrataba así:

Don Juan Rozas a caballo, con poncho, zuecos y un huampar o cuerno en la mano, y bajo la letrilla siguiente:

Afuera todo cabrón,
y porque no me persigan
ni más necedades digan,
me mudo a la Concepción.

Seguía una serie de retratos, entre los que merecen destacarse los de los diputados Mateo Vergara, diputado propietario por Talca; fray Manuel Chaparro, diputado propietario por Santiago; don Joaquín Echeverría, diputado propietario por Santiago, y don Marcos Gallo, presbítero, por Coquimbo.

Vergara, en cueros, mondo y lirondo:

Valga mi sana intención:
yo sigo al que está a mi lado,
y por no ser condenado
me voy con la votación.

(1) Talavera, *Diario*, pág. 342.

Chaparro, escuchando su voz de traro y en ademán de mentir, con jeringa y bacín en la mano:

 Mi palabra insustancial
 alucina como un cuerno,
 y yo entiendo de gobierno
 lo mismo que de hospital.

Joaquín Chavarría con media docena de caras:

 Mi asunto es averiguar,
 con arte vender a todos;
 más mis tratos y mis modos
 los han llegado a calar.

Gallo, con una alcancía en la mano, pidiendo limosna:

 Yo soy pobre limosnero
 y me vendo al que me ofrezca
 aunque la patria perezca,
 si alguno me da dinero.

Este primer ensayo de literatura satírica atrajo un chaparrón de denuestos sobre su autor, pero la pobre capital de Chile carecía por entonces de imprenta y por poco no cayó en el olvido a no mediar la acuciosidad de los memorialistas. Pero, tres años más tarde, al suscitarse la que bien puede llamarse la primera polémica periodística reñida en Chile, en la que se hizo derroche de ingenio y de buen humor, los bisoños periodistas enrostraron a Salas, como un pecado inexcusable, su paternidad de aquel intencionado escrito (1).

(1) Los escritos que vieron la luz en esa original polémica han sido reproducidos recientemente en el *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo II, Santiago, 1947, págs. 245-297.

II

El incipiente desarrollo de la imprenta en esta parte de la América no fué obstáculo para que la sátira política floreciera al desatarse la lucha de las facciones. De aquí el interés que ofrecen las caricaturas más antiguas que se conocen en nuestros anales y que los historiadores hacen remontar al período de la administración de don Bernardo O'Higgins, ya que habrían circulado en Buenos Aires y Santiago entre 1818 y 1820, atribuyéndolas al combativo espíritu de don José Miguel Carrera. «Por el espíritu que las anima, escribe Guillermo Feliú Cruz, por la intención que sugieren y por el argumento que en ellas se explota parecen, sin lugar a dudas, obras del talento de Carrera; y no es extraño que en su confección haya entrado en mucho la propia inspiración de Alvear».

En la primera el general San Martín aparece cabalgando sobre un asno que representa a O'Higgins y arriando una manada de ovejas que constituiría el pueblo de Chile. El caballero lleva en la mano izquierda una botella de aguardiente y del cinturón de su casaca cuelga un libro con un letrero que dice: *Acuerdos de la logia*. Detrás del asno y arrodillado aparece don Gregorio Tagle, Ministro de Relaciones Exteriores de las Provincias Unidas del Río de la Plata, recibiendo el oro de Chile, que pasa a Pueyrredón, Director Supremo del Estado.

Esta caricatura circuló iluminada a la acuarela. La segunda es también altamente depresiva para San Martín y O'Higgins, a quien se satiriza con piernas y brazos de pantera y las manos con garras. La escena representa al vencedor de Chacabuco pasando a San Martín una corona imperial, mientras le dice: «Ahora que los pueblos tiemblan y nos ven». San Martín, en actitud de tomar la corona, le contesta: «Yo te haré príncipe de la sangre y serás el primero después del Rey». Al lado izquierdo aparece un individuo con gorro frigio, que dice a un grupo que

está con los ojos vendados: «Pueblos, arrancad la venda de vuestros ojos, y ved allí vuestros destinos. Víctimas de un traidor. ¡Esclavos de un tirano!».

A la caída de O'Higgins la prensa y las publicaciones efímeras se desataron en reproches e injurias contra el mandatario caído, y desde entonces iba a transcurrir cerca de un lustro antes de que vieran la luz periódicos inspirados por una intención satírica, con el decidido propósito de poner en la picota del ridículo a cuantos disfrutaban del poder o lo amparaban con sus simpatías.

Ya en las páginas de *El Pipiolo*, periódico aparecido en marzo de 1827, para sostener la política de la administración imperante, redactado por don Santiago Muñoz Bezanilla y don José María Novoa, encontramos algunas sátiras contra sus adversarios, no exentas de gracia. En su primer número insertaba una *Garridal primera*, alusiva a don Victorino Garrido, natural de la península, y enemigo decidido del gobierno.

Tu taciturno ceño,
 Tu valiente escribir, tu noble empeño,
 En lucir esa musa peregrina,
 Te hace en España, en Chile, en la marina,
 Y en todo otro lugar, en un momento,
 El non plus ultra del saber y del talento.
 Así, cantar tu historia me prometo
 Por pagar con usura el son-soneto,
 En que atrevidamente has retratado
 A un ciudadano ilustre y buen letrado.

Con violenta procacidad caracterizaba sus dotes literarias, y terminaba con estos versos:

Tus crímenes, perfidias y sucesos
 Nos brindan un asunto distinguido,
 Para seguir tu historia, forajido:
 Si es que acaso este encomio no es bastante
 A saciar ese genio petulante.

Y aunque pobre mi musa, se promete
Formar de tus bajezas tal sainete,
Que ocasione la risa de mil modos
De todos los pipiolos: sí, de todos.

Pocos meses más tarde, en su número de 6 de julio, publicaba un «Diálogo entre un mayoral de mayorazgos y el Estanco sobre quién debe llevar la gloria en la disolución del Congreso», en el que se consignaban estos versos:

Ya no verán los míseros pipiolos
la monstruosa igualdad que pretendían
en los pueblos, haciendo inexistente
la distinción de los capitalistas.
Los fantásticos sueños que tuvieron,
Cuando en combinación diz que querían
destruir los Mayorazgos, y el Estanco,
merecerán por siempre la ignominia,
el escarnio, la burla y aún la afrenta
de todo aquel, que a nuestra influencia invicta
por granjear el vivir cómodamente
cobarde la cerviz temblando humilla.

Desde los primeros días de enero de 1827 comenzó a darse a los moldes el periódico *El Verdadero Liberal*, redactado por el francés don Pedro Chapuis, que se pronunció resueltamente contra el sistema federal como régimen político, y que pronto se enredó en ardorosas polémicas con los periódicos sostenedores de la administración, *El Cometa* y *La Clave*. Chapuis, tildado de servir los intereses del partido clerical y de ser agente de los jesuitas, trataba a sus adversarios con un desprecio olímpico, quienes le pagaban con ataques de una virulencia exaltada. Entre las sátiras de que fué objeto, merece recordarse una hoja con el título de *El Alcornóque*, N.º 2 (el número 1 con el título de *El Alcornóque sin hojas a la sombra del Avisador Chileno* se había impreso en 1824) que comenzaba con estas palabras:

«En el transporte de la indignación que me causa la impunidad con que cierto escritor extranjero deprime a mis conciudadanos, no puedo menos que vituperar la inmutable serenidad de algunos escritores cuando les veo comprendidos en los ataques, con que este ente miserable se ha propuesto degradar al país, ofendiendo de un modo grosero la reputación de muchos hombres, dignos de respeto por sus virtudes y heroico patriotismo. Pero ya que aquellos se desentienden de tanto ultraje, por efecto de moderación o más bien de indiferencia; yo he resuelto publicar, en el idioma de las musas una pequeña obra, para cuya composición he sido animado por las siguientes expresiones de un célebre poeta castellano, el cual en iguales circunstancias decía:

Aunque es mi musa principiante y lega,
para escribir contra hombres tan perversos,
si la naturaleza me lo niega
la misma indignación me hará hacer versos.

La primera estrofa de la sátira comenzaba así:

¿Quién en división fatal
puso a Chile, patria mía?
Un apóstata, un espía
que se dice *El Liberal*.

En la tercera y quinta estrofas escribía su autor lo siguiente:

Es fuerza ya conocer
a ese vil aventurero
a quien ajeno tintero
le da a veces que comer,
pues no es capaz de ofrecer
un artículo formal
El Liberal.

El no vale de la intriga,
cumpliendo la comisión
de cierta congregación
que es de América enemiga.
¡Cuánto temo que prosiga
impune en empeño tal
El Liberal!

En el orden cronológico *El Hambriento*, cuyo número inicial apareció el 20 de diciembre de 1827, y que el mismo se intitulaba «papel público, sin período, sin literatura, impolítico, pero provechoso y chusco», es uno de los primeros entre los de su género. La pasión política y el desprecio por los adversarios movía la ágil e intencionada pluma de los redactores de *El Hambriento*. Muy conocida es la letanía que apareció en el número 3, de 9 de enero de 1828, y a través de cuyas estrofas desfilan los políticos de actualidad en sus días. Decía así:

De un sabio cuyo talento
Se evapora en vanidad;
Que aspira con ansiedad
Por más elevado asiento:
Que de la corte ornamento
Y el más virtuoso se cree,
Libera nos Dominé.

De un hablador desbocado,
Que aunque en Chile no ha nacido
Siempre en todo se ha metido
Sin dar un paso acertado:
Que es calumniador osado,
Y que anda como en un pie
Libera nos Dominé.

De una cucaracha parda
 De la nación argentina,
 Cuya lengua viperina
 Ni al sexo respeto guarda,
 Que también es de la carda
 De otros muchos que yo sé.
 Libera nos Dominé.

De un cuico el más detestado,
 Que su ruin asociación
 Ha minado la opinión
 De un chileno magistrado,
 Que en el país no ha figurado,
 Y todos saben por qué.
 Libera nos Dominé.

De una nariz recogida
 A influjo de algún puñete,
 Que por figurar se mete
 Donde nadie le convida;
 Y para lo que apellida
 Es lo peor según se ve.
 Libera nos Dominé.

De todos los aspirantes,
 Estanqueros, pelucones;
 De pipiolos, de ladrones
 Líbranos señor cuanto antes.
 De malos representantes
 Que negocian con su fe.
 Libera nos Dominé.

Los personajes más connotados aludidos eran don José Miguel Infante, Ministro de la Corte de Apelaciones y redactor del *Valdiviano Federal*; los argentinos Orjera y Navarro, caracterizado el último como la «cucaracha parda»; don Manuel

Aniceto Padilla, natural del Alto Perú, acusado de intrigante y de ejercer una avasalladora influencia en el espíritu del primero, y don Francisco Valdivieso. Esas estrofas fueron atribuídas a don Ramón Rengifo.

No hubo epíteto, por deprimente y ofensivo que fuera, que los redactores de *El Hambriento* no utilizaran para ridiculizar a sus adversarios. Como éstos no se hicieran de rogar y dieran a luz *El Canalla*, se trabó entre ambos periódicos nutrida guerrilla, en prosa y verso. En la segunda parte de la letanía anteriormente transcrita se zahería a tres nuevos personajes, que formaban entre los de la llamada «pandilla»: el boticario Fernández, don Elefante y don Negocio.

Que al boticario editor
Del *Canalla*, que publica
Sus principios de botica,
Le quitéis el propio amor,
Con que anda de empleo en pos
Te rogamos audi nos.

Que aquel orador gestero,
El más pesado farsante,
nombrado don Elefante,
Nunca sea más que cero,
Por su condición atroz.
Te rogamos audi nos.

Que a D. Negocio, el letrado,
Impávido, corrompido,
Pillo de Cuenca, corrido,
No le veamos elevado,
Como vemos a otros dos.
Te rogamos au di nos.

La publicación de *El Hambriento*, en el que se vapuleó con violencia a don Santiago Muñoz Bezanilla, dió origen a un sin-número de aclaraciones, desmentidos y rectificaciones, suscritas por Portales, Benavente y Gandarillas, acusados de figurar entre sus redactores. Del periódico aparecieron diez números, hasta marzo de 1828.

No fué inferior en virulencia *El Canalla* en sus invectivas, pero de un ingenio que ahora nos parece muy discutible. Benavente, Gandarillas y Rengifo, caracterizados estanqueros, eran retratados en el primer número del periódico en las siguientes estrofas:

Vendió a la patria mi padre,
Yo a sus dignos generales,
Robé los bienes fiscales,
Y tal me parió mi madre
Que no hay cosa que me cuadre,
y pues las señas te doy,
Adivíname quién soy.

Se me saltó el ojo izquierdo
Con el humor de robar
De beber y tunantear
Y así dicen que soy cuerdo,
De hidrofobia a todos muerdo
y actual con el mal estoy,
Adivíname quién soy.

Yo del Perú regresé
Donde hice de chuchumeco
Y aquí vine a ser chambecco
La causa yo no la sé,
Si es que me falta la fe,
De intrigas repleto estoy,
Adivíname quién soy.

Si pues los tres editores
Que escriben en *El Hambriento*
Conocerlos es tu intento
Descifra a los anteriores,
Ellos son los malhechores,
Y ya que a nombrarlos voy
Adivíname quien soy.

Sin quedarse corto, e imitando a sus adversarios, *El Canalla* aludía días más tarde a ellos en unas letanías en las que se leía lo siguiente:

Al que siendo liberal
Se ha vendido por dinero
 Coro
Pónele cola, señor,
Sabremos que es estanquero.

Al que fué públicamente
De nuestro Estado usurero
 Pónele cola, señor.

Al que la patria injurió
Por medio de un extranjero
 Pónele cola, señor.

Al que a la virtud ultraja
De un modo soez y grosero
 Pónele cola, señor.

Aquél que a los-nacionales
Quiere comprar con dinero
 Pónele cola, señor.

En los documentos de la época hay algunos testimonios de la impresión que esas publicaciones causaron entre los contemporáneos. En una carta de 5 de marzo de 1828, le decía don Juan Egaña a su hijo don Mariano, residente entonces en Londres: «El 25 de febrero se instaló el Congreso en que son diputa-

dos Magallanes, Muñoz Bezanilla, Orjera, Novoa, el facineroso, Pradel, Miguel Ureta, el boticario Fernández, Enrique Campino, Prado Montaner y otros de esta clase. Ya puedes inferir sus resultas. Entretanto aquí hay dos periódicos, uno titulado *El Hambriento* y otro *El Canalla* que vomitan los más atroces insultos contra cada uno de los partidos a quien no pertenecen».

Pero el más elocuente de todos los testimonios es el que nos dejó don Claudio Gay, que por esos días pisaba por primera vez las playas de Chile. «El periodismo continuó con los mismos arrebatos—escribía—que todavía llegaron a ser más virulentos bajo la Presidencia del general Pinto, afectando entonces todas las formas imaginables, la prosa, el verso, la ironía, el ridículo, y todo cuanto pudiera herir moralmente al prestigio de los adversarios y lograr humillarlos. En este género de guerra, *El Hambriento*, con sus críticas, sus sátiras, sus epigramas mordaces y sus chistosas burlas contra la camarilla de Pinto, llegó a alcanzar una triste reputación, que subsistió largo tiempo. Más que ninguna otra contribuyó esta publicación a desacreditar a los hombres del Gobierno y a fomentar rivalidades de que ni aun los vínculos del parentesco pudieron eximirse. Salió a luz su adversario *El Canalla*, periódico inferior en ingenio y en ironía, pero tan formidable en sus ataques personales, que al cabo le obligó a enmudecer, cosa que él mismo hizo también en seguida, satisfecho de su triunfo» (1).

De allí a poco la borrasca política y la revolución que estalló al año siguiente elevaron al poder a los redactores de *El Hambriento*, quienes no tardaron en perseguir a cuantos hasta entonces habían figurado entre los sostenedores del régimen caído. Una de sus víctimas fué el gaditano don José Joaquín de Mora, que no abandonaría el territorio chileno, sin lanzar a sus adversarios una letrilla sangrienta, que siempre ha de figurar entre las más picantes expresiones del género satírico. No por

(1) *Historia física y política de Chile*, tomo VIII, págs. 97-98.

conocida debe excluirse de estas páginas, consagradas a evocar el ático espíritu de cuantos han sabido burlarse con gracia de los figurones del tinglado político. Con el título de *El uno y el otro* retrataba en ella Mora al Vice Presidente de la República, don José Tomás Ovalle y a su poderoso ministro don Diego Portales.

El uno subió al poder
con la intriga y la maldad;
y al otro sin saber cómo
lo sentaron donde está.

El uno cubiletea,
y el otro firma, y no más:
el uno se llama Diego,
y el otro José Tomás.

El uno sabe que en breve
todo en humo parará;
el otro cree que en la silla
tiene su inmortalidad.

El uno lucha y se afana;
el otro es hombre de paz;
el uno se llama Diego,
y el otro José Tomás.

El uno hace los pasteles
con su pimienta y su sal;
el otro hasta en los rebuznos
tiene cierta gravedad.

El uno es barbilampiño;
pero el otro es Mustafá:
el uno se llama Diego,
y el otro José Tomás.

El uno tiene en la bolsa
reducido su caudal;
el otro tiene unas vacas,
y un grandísimo sandial.

El uno saldrá a galope,
y el otro se quedará:
el uno se llama Diego,
y el otro José Tomás.

El uno es sutil y flaco,
que parece hilo de holán;
y el otro con su barriga
tiene algo de monacal.

El uno especula en grande;
el otro cobra el mensual:
el uno se llama Diego,
y el otro José Tomás.

De uno y otro nos reiremos
antes que llegue San Juan.
Uno y otro en aquel tiempo,
¡Sabe Dios dónde estarán!

Quitándonos el sombrero,
gritaremos a la par:
¡Felices noches, don Diego!
¡Abur, don José Tomás!

III

Después del triunfo de la reacción oligárquica, la prensa enmudeció, se produjo el «gran silencio» a que alude don Victorino Lastarria, y los órganos de guerrilla política apenas si llevaron una vida efímera. No era ese naturalmente el ambiente más propicio para que floreciera la sátira política. Después de la muerte de Portales y de la destrucción de la Confederación Perú-Boliviana, las odiosidades políticas, aplastadas bajo el poder avasallador del gobierno, volvieron a cobrar vigor y la oposición comenzó a dar muestras de vida. En 1838 aparecieron cuatro números de un periódico intitulado *El Sotacura*, redac-

tado por don Manuel Magallanes, en el que se encuentra una que otra nota satírica, entre ellas una alusiva a Mora que rezaba así:

Desde la salobre espuma
de este puerto que maldigo,
te buscan, querido amigo,
estas letras de mi pluma.
Por ellas sabrás que llevo
en honrosa retirada
cubierta la riñonada
no de grasa ni de sebo:
de cien mil duros paisano
que he cosechado en Bolivia,
y cosechaba en la Libia
si allí sembrara mi mano:
ítem doce mil al año
por representar en Albión
al zampatruchas jetón,
hombre del mejor amaño.

Desde mayo de 1839 vieron la luz gran número de periódicos, ninguno de los cuales pasó más allá de los treinta números, entre los que *El Clamor* y *El Ermitaño* explotaron la nota humorística. De todos ellos, *El diablo político*, redactado por don Juan Nicolás Álvarez, fué el que alcanzó mayor notoriedad por la violenta oposición que hizo al gobierno, la aguda causticidad de sus catilinarias y el ruidoso juicio a que fué arrastrado en febrero de 1840.

La proximidad de la renovación presidencial caldeaba los ánimos y atizaba las ambiciones. Fué en esas circunstancias en que los distintos sectores en que se dividía el liberalismo, iniciaron algunos trabajos, organizaron la que se denominó Sociedad Patriótica y la publicación de un periódico, que tomó por título *El Liberal*, en cuyas páginas don Ventura Blanco Encalada, publicó algunas sátiras contra sus adversarios políticos. Amigo y admirador de Mora, en sus letrillas se advierte la misma facilidad de aquél para versificar y el mismo espíritu zumbón para

refirse de los señorones de la política militante. En el primer número de ese periódico, que apareció el 22 de enero de 1840, se publicaron estos versos, alusivos a don Ramón de la Cavares, don Joaquín Tocornal y don Mariano Egaña, Ministros de Guerra, Interior y Hacienda, y Justicia e Instrucción Pública, respectivamente:

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.
Diz que a don Narciso
Los males aquejan:
Cansado de estragos,
Cansado de guerra,
Sosiego apetece,
Por la paz anhela.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

**Fray Molondro al cabo
Dice: mi cabeza
No es para guarismos,
Ni planes ni empresas;
Ganga más segura
Será la Moneda.
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.**

**Item don Embrollo,
Exhalando quejas,
De Solón la silla
Deja ya desierta,
Y a obscuro retiro
También se condena
Este antiguo cuento
Era de mi abuela.**

**No bien se derrama
Tan infausta nueva,
Los de la pandilla
Gritan, clamorean**



UN ARTISTA "COMM'IL FAUT"

Auto caricatura de D. Antonio Smith, EL CORREO LITERARIO, 1858.



¡Mucho temo sucumbir al peso de tanta historia!

Caricatura de don Diego Barros Arana, EL CORREO LITERARIO, 1858

Y en estas palabras
Su dolor despliegan.
*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

«¡Qué calamidad
¡Cielos! ¡es aquesta!
Perder una gente
¡Tan santa y tan buena!
Perdidos estamos:
La nave se estrella.
*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

¡Infelice patria!
Huérfana te quedas.
Ya tus grandes hombres
Vuelven la trasera;
Hombres que envidiaran
Esparta y Atenas.
*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

Oyólo una vieja
Algo marrullera
Y exclamó a la turba:
Bestias! ¡Qué creederas!
Que volaba un carro
Primero creyera.
*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

Y recuperados
Gozosos alientan
Volviendo los ojos
A la dicha añeja
Que perder temieron
¡Dios se la haga eterna!

*Aquí reventaba
De risa mi abuela.*

En el número 2 incluyó ésta:

ANACREÓNTICA

Quiero ver de dos vientos
La furia desatada
Y del volcán horrendo
Correr la ardiente lava.
Quiero de un cocodrilo
Ver la enorme garganta
O sentir los halagos
De algún tigre de Hircania.
Quiero de un embustero
Escuchar las patrañas
Y del viejo guerrero
La narración cansada.
De escribas gerifaltes
Quiero caer en las garras
O en las redes que tiende
A la lealtad, la infamia.
Quiero que un aduanista
Con aire de importancia,
Se persuada que sólo
por la patria se afana.
Oprímame un pedante
Con sempiterna charla
El Código y Digesto
Me tome de ensalada.
De Tiberio me alaben
La virtud y fe raras;
Digan que a Marco Aurelio
Y a Trajano se iguala.
Píntenme a su Senado
Tipo de grandes almas
Y al de Wáshington teatro
De la más ruin canalla.
Díganme que Marruecos
Es nación ilustrada
Que el Paraguay se acerca
A la nación britaná.

Predíqueme *Hermosilla*,
Con su *facundia vana*,
Que no hay mejor gobierno
Que el de la *cimitarra*.
Que *esclavitud es gloria*
Libertad, hojarasca;
Derechos, puro nombre;
El pacto social, nada.
Que no hay mayor ventura
Que el *chitón* y la calma;
Y si variar queremos,
Andar en cuatro patas.

Todo lo sufro menos
El asco y *cruelas ansias*
Que *estúpidos serviles*
Causan en mis entrañas.

Y más, si defendiendo
Causas *deseesperadas*,
Sus mejores razones,
Son las *Extraordinarias*.

En el número subsiguiente del mismo periódico, Blanco Encalada trató el mismo tema en forma de oración dirigida a la Virgen, y escribía:

LITERATURA SACRADA

¡Salve, madre de dulzura,
Piadosísima María!
Asístenos en el trance
De la más cruel agonía.

Eres esperanza nuestra;
Eres nuestro norte y guía;
Y así cada cual exclama:
¡Socorro, señora mía!

No excitan nuestras plegarias
 El rencor ni la manía;
 Disimulad, pues, aquesta
 Nuestra cristiana osadía.

De la silla de Solón
 A don Embrollo desvía;
 Y en Peñalolén esconda
 Su negra misantropía.

Y en el caudal de las aguas
 Que juegan con simetría,
 Apague su sed de mando;
 De legislar, su porfía.

A don Narciso apartad
 También de la cofradía;
 No pega el rayo de Marte
 A su blanda cortesía.

En pedir *extraordinarias*
 No apuren su fantasía;
 Miren que estos no son tiempos
 De aquella abuelita mía.

Y para que en su retiro
 No mueran de hipocondría,
 Dejadles (pues que no entienden
 De moral filosofía).

Su orgullo y su necedad,
 Y su fantasmagoría,
 Sus impotentes esfuerzos
 Y el bastón y señoría.

Que no les fué indiferente a los aludidos lo revela la reacción que provocó, pues a los pocos días *La Tribuna Nacional*, de 1.º de febrero de 1840, daba a los moldes la siguiente letrilla, atribuída en un principio al mismísimo docto Bello, pero cuya paternidad se atribuye a doña Mercedes Marín de Solar:

*Dicen que este cuento
Contaba mi abuela.*

Don Atrabiliario,
Libre de jaqueca,
De su encierro sale
Con planta ligera:
Un empleo busca.
Venganzas anhela.

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

De Yungay la gloria
Dormir no le deja;
Ni de Paucarpata
La memoria acerba;
Y del noble triunfo
Furioso blasfema.

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

Dicen que allá a solas
Cuando alegre piensa,
Un cambio felice
Se le representa,
Y con ojos tiernos
Mira la Moneda.

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

¡Oh cuán venturoso!
Dice, yo me viera,
Sí, aunque por lo pronto
Maneje la hacienda,
Este descansado
Destino me dieran.

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

Será así; no hay duda,
Quiéralo mi estrella...
¡Qué buenos inviernos
Tendré en la Moneda,
Sentado a la lumbre
De mi chimenea!

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

Mi Volter leyendo.
O allá en mi cabeza
Buscando memorias
De mi amada Iberia,
O bien escuchando
La charla fraterna.

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

Diz que así delira,
Que así se embelesa,
Mas luego mirando
A su biblioteca,
Saca de Hermosilla
Una edición nueva.

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

El polvo le sopla,
Sus páginas besa.
Y «perdona dice,
Si de tus ideas
Ciertos compromisos
Un tanto me alejan».

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

«Liberal me finjo
Con la turba necia,
Que el sabio profundo
Ver la luz me deja
A ojos que al mirarla
Cegaran con ella».

*Este antiguo cuento
Era de mi abuela.*

«Si algún día logro
Hacer mi cosecha,
De tu oscurantismo
Seguiré la senda:
Y habrán de aguantarlo
Quiéranlo o no quieran».

*Aquí maliciosa
sonreía mi abuela.*

En defensa de los personajes ministeriales salió también a la palestra Minvielle, quien en el número 1 del periódico *El Mundo*, de 11 de febrero de 1840, publicó otra sátira por el estilo, concebida en estos términos:

En tiempo de antaño
Tuve yo una abuela,
Que profetizaba
Como buena vieja.

Hijo, me decía,
Palabras no creas
Del que sin empleo,
Sin fama o hacienda,
Quiere a toda costa
Tomar la carrera,
Que sin trabajar
A la cumbre lleva:

—Tú veras muy luego
Las mañas, las tretas
De que va a echar mano
Su ambición proterva.

*Este sí que es caso
Que contó mi abuela.*

Oirás por la patria
Exhalar mil quejas,
Y, aunque en paz dichosa
Respetada crezca,
Verás que se juntan
Para socorrerla;
Pero nunca muchos
Sino unos cuarenta,
Aunque vociferen
De que su asamblea
Es de cien patriotas
Reunión selecta.

*Este sí que es caso
Que contó mi abuela.*

Dirán que un motín
Es ayuda y buena,
Y que en ciertos casos
Las leyes lo aprueban
Para que un abuso
A otro abuso ceda.
Pero no te asustes
Que esta es su carrera,
Y muy lucrativa
Para su ralea.

*¡Ah! que en la Noticia
Soñaba mi abuela.*

Muchos liberales
De diversas tierras
Verás, por cariño
A la patria nuestra,

Dejar el asilo
Que tienen en ella
Y aún sin enemigos
Querer defenderla;
Todo por medrar
Y hacer su cosecha.

*¡Qué sabios anuncios
Estos de mi abuela!*

Pero el que se llevó la palma de la procacidad y la virulencia en el lenguaje fué el coronel don Pedro Godoy, que desde el 25 de agosto de 1840 comenzó a dar a los moldes su periódico *Guerra a la tiranía*, en el que bautizó a sus adversarios políticos con los apodos más deprimentes y mortificantes. El Presidente Prieto, de quien don José Joaquín de Mora había dicho que no pasaba de ser un asno acicalado, era el tío Abraham Asnul; el general don Manuel Bulnes, era un bey o jefe turco habitualmente borracho, Bulke Borrachey; don Mariano Egaña, el don Embrollo de don Ventura Blanco Encalada, era llevado y traído con su apodo de Lord Callampa, con que lo había bautizado años antes don Manuel José Gandarillas; don Manuel Montt era el indiecito de la Nueva Holanda; y don José Miguel de la Barra, Justo Estay, del nombre de aquel agente secreto que tuvo el general San Martín en Chile durante los días de la organización del ejército de los Andes. En el número 14, de 5 de enero de 1841, publicaba estos versos:

AGUINALDOS A DON MANUEL

Dicen que don Manuel Bulke
Amanece
Casi todas las mañanas
Con las ganas
Que anochece.

Dicen que si lo eligen
 Presidentes.
 Viene, embiste y abarraja...
 La tinaja
 De aguardiente.

Dicen que trae a Alemparte.
 Cien caciques,
 Pancho, Urrutia el temerario,
 Y un rosario
 De alambiques.

También dicen que a Lantafío
 Y con él
 A Bizama el abstigente
 Y otra gente
 De tonel

Letelier, Javier Bacano
 Vendrán de hecho,
 Y Alarcón con otros godos
 Hombres todos
 De provecho.

Dicen que piensa esparcir
 Negro luto
 En esta su patria ingrata
 Que no acata
 Tan gran bruto.

Yo a boca llena me río,
 De los males
 Que a Chile hará tal gavilla...
 ¡Qué pandilla
 De animales!...

En el número del 15 de febrero hacía el siguiente pronóstico de nombramientos que se harían en la nueva administración:

PROMOCIONES

Si Bulke es Presidente,
Gran cunuco del serrallo
Pasará a ser don Clemente
Que ha dejado de ser gallo:
Chanfaina será intendente
Y general mi caballo;
Bórquez será senador.
O diputado, mejor.

Brutín, será tesorero
(Como que es el más honrado
Para manejar dinero):
Ajos, Ministro de Estado
Del Interior y Extranjero:
Y don Ramón su cuñado,
¿No se dará por contento
Si lo dejan de jumento?

El loco de facha cnana
(¡No es cnana su locura!)
Administrará una Aduana
(En esto tiene cordura)
Gratis y de buena gana
(Pero ha de ser en Colcura)
Y con nocturno despacho
(¡Qué honrado es este muchacho!)

Un primo será fiscal,
El otro primo factor,
Este primo general,
Aquel primo embajador,
Secretario el primo tal,
Cronista el primo menor.
Y ¡qué primos son, Dios mío!
Ni más ni menos que el tío.

Contó Godoy con la cooperación de don José Joaquín Vallejos y don Juan Enrique Ramírez para la redacción de su pe-

riódico, del cual se alcanzaron a publicar 31 números. Ese papel, apunta don Diego Barros Arana «estaba escrito con soltura y con chiste, y como venía después del silencio a que había estado reducida la prensa en años anteriores, aquel periódico era muy leído, y por todas partes despertaba la risa y excitaba el desprestigio de los gobernantes».

El número 22 del periódico fué acusado ante el jurado de imprenta, por iniciativa gubernativa, con la intención de acallar la virulencia de sus ataques, pero ni el fallo adverso de aquél, que lo condenó a pagar una fuerte multa, ni el decreto que impuso a Godoy un verdadero destierro de Santiago, lograron silenciar a los apasionados escritores satíricos.

El diablo político, El ingenio, El constitucional y El censor imparcial atacaron con gran vigor el proyecto de ley de imprenta redactado por don Mariano Egaña, con el que se pensó atar con fuertes trabas la libertad de la prensa, y que estaba inspirado por un feroz espíritu represivo. Sancionado el proyecto por el Senado, con algunas modificaciones, pasó a la Cámara de Diputados y con este motivo arreció la crítica a sus disposiciones. En esta oportunidad se dió a los moldes un folleto que llevaba por título *Defensa del derecho constitucional que todo chileno tiene para publicar por la prensa sus ideas y pensamientos sin la menor censura*, en el que se hacía un llamado al cuerpo legislativo para que rechazara una tentativa orientada en el propósito de privar a la nación del más noble y sublime de todos sus derechos y de abrirle una fosa de eterna esclavitud. Felizmente aquella iniciativa no logró la sanción legislativa, y el gobierno no se atrevió a arrostrar la impopularidad de sostener un proyecto tan vigorosamente resistido.

La política conciliadora, iniciada por el Presidente Bulnes, abrió nuevos caminos a la inteligencia de la juventud, entre los cuales el culto de las letras se llevó las predilecciones de los más selectos espíritus, en el que la prensa ocuparía lugar destacado. En 1844 se dieron a los moldes dos periódicos de tendencia sa-

tórica, *El Barbero* y *El clarín*, pero dos años más tarde se renovó la alarma de ver entrabada la libertad de la prensa con el proyecto de ley de imprenta redactado por el ministro don Antonio Varas, que tomó por modelo el del severo Egaña compuesto siete años antes: tronó la prensa de todos los colores contra él y en el seno mismo del cuerpo legislativo se alzaron vigorosas voces para combatirlo. Todo fué inútil y la ley fué promulgada el 16 de septiembre de 1846, siendo desde entonces famosa por su tendencia reaccionaria, por las absurdas trabas que imponía a la industria, por la nulidad a que reducía el jurado, consagrado en la Constitución, y por su severidad draconiana. Felizmente la ley quedó sólo en el papel y tuvo tanta influencia en reprimir los atentados contra el orden público, como decía don Isidoro Errázuriz, como la que podría ejercer una bula de excomunión en la marcha de un cometa.

Tres años más tarde se produjo un cambio de gabinete de gran trascendencia política, por cuanto manifestó el propósito de encarar algunas reformas que constituían un cambio profundo en la orientación seguida en los últimos años. La Cámara de Diputados tenía la costumbre de contestar el discurso de apertura de las sesiones ordinarias, que pronunciaba el Presidente de la República, y al discutir la que se daría ese año aprobó la propuesta por el señor Manuel Antonio Tocornal, reveladora del cambio fundamental que se había producido en las ideas. «La Cámara cree que ha llegado ya para el país, decía, el momento de ampliar y de extender cuanto sea posible el uso de los derechos políticos. Considera asimismo la Cámara que, como el homenaje más significativo que puede rendirse al portentoso cambio obrado en el ánimo y en las ideas de la generalidad de los ciudadanos, se halla en el deber de aceptar sinceramente el proyecto de reformas vastas y substanciales a que la nación vincula la mejora de su régimen administrativo».

Creviendo que ese ambiente era favorable a una iniciativa de trascendencia, don Victorino Lastarria propuso que por una

ley especial se declarara derogada la odiada ley de 1846, y restablecida la de diciembre de 1828, iniciativa que, sancionada por la Cámara de Diputados, no encontró acogida en el Senado. Y así fué como, a pesar de las mutaciones profundas traídas por los tiempos, siguió subsistente la draconiana ley promulgada tres años antes.

IV

EL PRIMER PERÍODO DE CARICATURAS: «EL CORREO LITERARIO»

La prensa política había llevado hasta entonces una vida intermitente y no habían faltado órganos, redactados con vigor y encendido apasionamiento, que atacaron con violencia la candidatura presidencial de don Manuel Montt, entre los que merecen recordarse *El amigo del pueblo* y *La Barra*. Uno que otro periódico, entre ellos *El verdadero chileno* y *El Progreso* intentaron satirizar a sus contemporáneos en algunas estrofas, pero esas iniciativas eran por entonces muy esporádicas.

En el suplemento del *Progreso* N.º 2587, de 23 de junio de 1851, se publicó esta sátira de los políticos del día:

¿Quién quiere vestir casaca
Y la banda tricolor?
Es uno que fué rector
Aunque Escandón y con caca?
—Sí, señor, es el Canaca!

¿Y ese con figura rara
Que en la Cámara disloca
Y a la oposición provoca
Hasta con su horrible cara?
—Este es el Ministro Varas.

¿Quién palidece y se agita,
Pierde el juicio y el color,
Cuando algún opositor
Con la cruel verdad lo pica?
—Es el Ministro Mujica.

¿Otro que es algo veleta
Muy sabihondo en la finanza,
Que se repleta la panza
Chupando y dando la teta.
—Es el Ministro Urmeneta.

¿Un diputado prolijo
Que lleva a la discusión
Aprendido un mal sermón
Y con su ojo siempre fijo?
—Es Flin Flañ, es don Ramón.

¿Quién es aquel Lucifer,
Con anteojos y levita,
Que con su lengua bendita
De todos se hace querer?
—Es Godoy, el coronel...

¿Cuál es ese chiche fresco
Que va a cuidar la pandilla,
Que adula la camarilla
Por tomar el buen refresco?
—Ese es don Cuchito Riesco...

¿Quién es aquel tan bonito
Que llaman Cristo azotado,
Que al teatro se va curado
Con su buen compañerito?
—Este es un tal don Benito.

¿Un ciudadano que avanza
A fuer de tanto adular,
Que nunca va al tribunal
Y solo a llenar la panza?
—Es don Juan cuatro mil lanzas.

¿Y aquel otro perdulario
Y botarate indecente,
Que también quiero ser gente
Con lo que roba al erario?
—Es el Rengo, el del *Corsario*.

¿Y ese muchacho servil
Que escribe en el *Cazador*
Como lo hiciera un tambor
O algún otro malandrín?
—Es M. B. Cuartín...

Y dije, si los demás
Del bando ministerial
Son como estos, su caudillo
Será que buen animal,
Que se apoya en tanto pillo!

Pero fué en el segundo período de gobierno de ese discutido hombre público en el que se renovó la oposición con coraje cívico y surgió una prensa batalladora de verdadera importancia política. El primero de esos diarios fué *El país*, aparecido en julio de 1857, en las que hizo sus primeras armas de periodista político don Diego Barros Arana, al que siguió en el mismo camino *El conservador*, en cuyas columnas iniciaron su brillante carrera literaria don Manuel Blanco Cuartín y don Ramón Sotomayor Valdés. Ante la desaparición del primero surgió en la arena de la lucha periodística *La actualidad*, que no se dió un punto de reposo en su campaña de hostilidad contra la administración imperante.

Pronto se sumó a la ardorosa campaña contra el gobierno, un periódico, que se dijo político, literario, industrial y de costumbres, cuyo primer número apareció el 18 de julio de 1858, con el título de *El Correo Literario*, redactado por la ágil pluma de José Antonio Torres, y que introdujo la que habría de ser clamorosa novedad de ilustrar sus páginas con caricaturas, debidas a

los punzantes lápices de los artistas don Antonio Smith y don Benito Basterrica, ambos discípulos de Cicarelli. En la historia intelectual de Chile constituye en realidad ese periódico el primero de sátira política, que contribuyó a forjar esa herramienta de crítica mordaz contra la vaciedad, la petulancia y la venalidad de los hombres públicos.

La novedad que importaba la caricatura no dejó de llamar poderosamente la atención y de suscitar algunos reparos. «Con placer hemos visto, escribía en el segundo número, que la prevención que había en algunos contra la publicación de caricaturas, se ha desvanecido en su mayor parte, y no dudamos que a medida que se observe la pureza e imparcialidad de nuestro proceder en esta delicada materia (a causa de su novedad) los temores y susceptibilidades de los espíritus medrosos desaparecerán completamente. Habiendo dado principio a esta tarea por nosotros mismos y por nuestros distinguidos colaboradores, la continuamos hoy haciéndola extensiva a otras personas».

Desde entonces comenzó a vapulear, con corrosivo y demolidor lápiz, a los hombres de gobierno, al Presidente Montt, a su ministro don Jerónimo Urmeneta, al todopoderoso Varas, de cuyas aspiraciones presidenciales hacía sangrienta mofa, y a cuantos figurones alcanzaban alguna notoriedad en el tinglado político. En su galería de dibujos incorporó la de los padres de la patria, la de algunas personalidades desaparecidas por esos días, como don Francisco Antonio Pinto y don José Joaquín Vallejo, y la de escritores y periodistas de la época, como don Guillermo Blest Gana, don Manuel Blanco Cuartín y don Diego Barros Arana.

Como las críticas a su labor arreciaran, pocas semanas más tarde volvía a tratar la cuestión y puntualizar con claridad sus propósitos. «En todo pueblo joven donde por primera vez se ensaya un arte, escribía en su número 6 de 21 de agosto, se pone en juego algún descubrimiento o se introduce alguna novedad, por importante y provechosa que sea, encuentra siempre obstácu-

los, se sublevan en su contra necias preocupaciones, y por algún tiempo tiene que luchar con multiplicados inconvenientes para producir los beneficios que implica.

«Las caricaturas que publica nuestro periódico y que por primera vez se ensayan en el país, agregaba, debían también ser objeto de las murmuraciones de los ignorantes y de los que se figuran ver en ellas un poder para atacar sus ambiciones. Pero ya nuestra sociedad no está tan atrasada como lo suponen algunos, y esas murmuraciones han tenido que estrellarse en el buen sentido del pueblo y en el desprecio de las personas ilustradas. El objeto de la caricatura es corregir, agregaba, las costumbres y los defectos, es satirizar, poner en ridículo si se quiere, aquello que se manifiesta ridículo para procurar su corrección. Pero también tiene por objeto enzalzar, dar a conocer a las notabilidades o a las personas que merecen alguna distinción pública en la esfera en que se manifiestan...».

Protestaba de que los necios llegaran en sus murmuraciones a sostener que pronto publicaría caricaturas de mujeres, lo que no pasaba de ser una suposición gratuita. Más tarde, se nos dará universal justicia, terminaba afirmando.

De allí a poco se asoció a la campaña el periódico *La Asamblea Constituyente*, redactado por Vicuña Mackenna, Matta, Errázuriz, Gallo y otros, con lo que la oposición periodística se vió vigorosamente reforzada y enarboló una bandera. La redacción del periódico de Torres tomó así un carácter de violenta oposición. «La situación actual del país reclama una mudanza en la marcha política, escribía en su número de 6 de noviembre. Se necesita dar más garantías, más libertad, y no abusar cobardemente del puesto que se ocupa para despreciar y tiranizar al pueblo, a quien se ha engañado con promesas vanas y esclavizado con leyes de círculo». Quince días más tarde volvía nuevamente a la carga, sosteniendo que el gobierno se encontraba en un aislamiento completo, con la oposición de todo el país. «El presidente se encuentra en el caso de dimitir el mando si no quie-

re resbalar en el lodo o en la sangre», escribía en su número de 20 de noviembre.

En su último número de 11 de diciembre hacía sombríos vaticinios para el futuro político del país, si el gobierno no cambiaba de rumbos, y publicaba un sarcástico himno de los logreros que tenía un coro que constituía una parodia de la primera estrofa del himno nacional compuesto por don Bernardo Vera en 1819 que rezaba así:

El amor, pifiatistas, sagrado
De la plata os convoca a la lid;
Mamandurria es el eco de alarma
La divisa es lograr o morir.

La vigorosa campaña de la prensa alarmó profundamente al gobierno y ante la convocación que hizo *La Asamblea Constituyente* en su número de 11 de diciembre, y el vibrante manifiesto de los diputados don Manuel Antonio Matta y Angel Custodio Gallo y de los señores Vicuña Mackenna, Guillermo Matta e Isidoro Errázuriz a un mitin, para reunir una Asamblea que dictara una nueva carta política para el país, se expidió un bando por la Intendencia prohibiendo la reunión, a pesar de lo cual se verificó, pero sus promotores fueron detenidos y enjuiciados. El mismo 12 de diciembre fueron declaradas en estado de sitio las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua, y mandadas cerrar por la Intendencia las imprentas de *La Actualidad* y *El Correo Literario*, en la que también se imprimía *La Asamblea Constituyente*. Con ese golpe de fuerza, la autoridad acalló a la prensa de oposición y ya no le quedó a ésta otro camino abierto que el de la rebelión armada.

V

LA SÁTIRA POLÍTICA DURANTE LA ADMINISTRACIÓN PÉREZ

Al asumir el poder el señor Pérez inició una política de moderación y templanza, a la sombra de la cual floreció la más amplia libertad de imprenta. En la biografía que trazó don Diego Barros Arana de ese mandatario, consignó una apreciación digna de recordarse. «Rompiendo con todas las prácticas de recelo y de represión que habían abrigado los antiguos gobiernos, creyendo afianzar con ellas el mantenimiento del orden público, escribió, el señor Pérez demostró experimentalmente que era el ejercicio de esas prácticas lo que hasta entonces había impedido en Chile el afianzamiento definitivo de la más absoluta tranquilidad. Mostrando una admirable moderación en el desempeño del poder público, y un constante respeto por todas las opiniones, el señor Pérez dejó prácticamente a la prensa la más ilimitada libertad, y permitió que en todas partes se formasen asambleas populares para discutir los asuntos públicos y para censurar, si así lo querían, los actos del gobierno. Don José Joaquín Pérez, con pleno conocimiento de la excelencia de su sistema de gobierno, y con mano firme y segura, borró de nuestro derecho público las palabras «estados de sitios» y «facultades extraordinarias», que habían sido la causa de tantas violencias, de tantos atropellos de la ley y de todas las garantías».

Apenas iniciada la nueva administración surgió la despiadada crítica del decenio y la sátira comenzó a abrirse camino a través de los periódicos. En mayo de 1862 inició en Valparaíso su publicación *La Unión Liberal*, que vivió hasta enero del año siguiente, y en cuyas páginas encontraron acogida calurosa pintorescas sátiras, en prosa y en verso, sobre los hombres del gobierno anterior.

Estaban vivos los sentimientos de animadversión a los per-

sonajes del Decenio, y el periódico abrió sus páginas para las más airadas invectivas. Aludiendo a uno de los Ministerios de Montt lo caracterizaba en estos términos:

UN ANTIGUO MINISTERIO

Fábula

Allá en la corte de Montt
El día de besa manos,
Unos cuantos piñatistas
Dispusieron un sarao.

Y para darle principio
Con el debido aparato,
Creyeron que un ministerio
Piñatista, era del caso.

Como en esto de elegir
Ministerios adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario;

Ni hablaron de Tocornal,
Ni a Sanfuentes recordaron,
Y a Güemes, Vial y Lastarria
Se los pasaron por alto.

Estadistas menos sabios,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron a tomar
El Ministerio a su cargo.

Antes de llegar la hora
De ser Ministros de Estado
Cada dómine decía:
De gloria en camino vamos.

Al fin el cuaterno junto
Se presenta en el palacio
Compuesto de los siguientes
Diestrísimos operarios:

Varas señor don Antonio
Primer Ministro de Estado.
Y colocóse en la Hacienda
A un tal D. Jovino el santo.

De Guerra tuvo García
La cartera por milagro,
Y de Justicia pusieron
A un Ovalle el carilargo.

Con que aspecto lisonjero,
Con que tino delicado
El Ministerio obraría,
No es menester sondearlo.

Baste decir que los pueblos
Patriotas se sublevaron,
Con razón, que el ministerio
Era un horrible sarcasmo.

Ovalle por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habría necesidad
De mucho oro y de soldados.

Dejó su cartera y dijo:
—Este Jovino es un diablo.
Este replicó: García
Todito a perder lo ha echado.

—Quien lo hecha todo a perder
(Dijo García rabiando)
Es Antonio.—Poco a poco
(Dijo Varas irritado).

A nadie aborrecen más
Que a mi compadre el aciago.
—Tenga modo y hable bien
(Saltó Montt) el hecho es falso:
Ese Congreso maldito
Es sólo el autor del daño.

Cortó el pueblo la disputa
Diciendo: —Grandes bellacos
¿Antes de ver el destino
No lo estabais celebrando?

Cada uno para sí
Pretendía los aplausos
Como que se debería
Toda la gloria a sus manos.

Mas viendo que el Ministerio
Es un infierno embrollado.
Nadie quiere parte de él
Y a los otros hace cargos.

Jamás a los Ministerios
Volváis a aspirar; mudaos,
Porque si otra vez os veo
Tengo de hacer un estrago.

En el número 8, de 21 de junio de 1862, insertó la siguiente sátira:

Que en la Cámara sentados
Haya muchos diputados
Como en Arauco un toqui,
Eso sí.
Mas que porque esto así sea
Haya algún tonto que crea
Que el pueblo los eligió,
Eso no.

Que un ex ministro nos diga
Que no le importa una miga
Lo que dicen por ahí,

Eso sí.

Mas creer que a borrar alcanza
Con un voto de confianza
Lo que el pueblo sospechó,

Eso no.

Que un defensor de menores
Tenga algunos defensores
Que lo defiendan así...

Eso sí.

Mas que con defensa tal
Pretendan hacer legal
Lo que la ley rechazó,

Eso no.

Que yo diga sin misterio
Que es el nuevo Ministerio
Lo mejor que vi hasta aquí,

Eso sí.

Mas decir que los logreros
Piensen de estos caballeros
Lo mismo que pienso yo,

Eso no.

Que suelte una carcajada
Al ver la cara angustiada
De un logrero baladí,

Eso sí.

Mas desear mal sin razón
Porque no es de mi opinión
Al que nunca me ofendió,

Eso no.

Que porque el gobierno quiere
La Constitución impere
Siendo como es tan... así

Eso sí.

Mas que acepte la nación
La absurda Constitución
Que su libertad trabó,

Eso no.

Que diga algún tal por cual
Que yo soy un animal
Porque esta letra escribí,
Eso sí.

Pero que yo por modestia
Me considere tan bestia
Como ese que tal pensó,
Eso no.

Y veamos por último este retrato de un ministro, incluido en el número 11, de un mes más tarde:

Ayer por mi calle
Pasa un Ministro,
El más adornado
Que en mi vida he visto.
Pantalón y leva
Eran nuevecitos,
Lo que prueba estaba
Muy pelechadito.
Bastón y anteojos
Llevaba el indino,
Sellos y cadenas
De oro de empréstito.
Y en espalda y frente
Con arte prolijo
Voto de confianza
Le habían escrito.

Parece que el dueño
Que, según me han dicho,
Preside una corte
Con todo cinismo,
Elegió esa alhaja
De su gran partido,
Y añaden que todos
Son por el estilo.
Volviendo a palacio
Mostró a sus amigos
El recién electo,
Y uno de ellos dijo:

Veamos Excelencia
Si el tal don ministrito
Tiene tanto acierto
Como buen vestido.
Empezó a observarle
En todos sentidos,
Y a primera vista
Lo halló muy cumplido.
Mas apenas se hubo
Instruído un poquito,
Se le presentaron
Dos mil negocitos.
A precios muy bajos
Compró tabaquitos,
Y luego cargólos
A precios subidos.
De naipes barajas
Tomó un gran surtido,
Que le dieron pronto
Un buen beneficio.
Amén del tesoro
Llamado empréstito,
A quien, según dicen,
Le dió su pellizco.

Esto que observaron
Todos sus amigos,
Dijeron ¡demonios!
Con el tal ministro;
Que si a ese paso
Sigue en el destino,
Concluye con todo
Y se traga al Fisco.
Este lance nunca
Lo echaré en olvido,
Pues me trae al seso
Lo de los cerrillos:
Donde había tunos
Que iban al camino,
Y se pelechaban
A costa de vecino.

De ese periódico se publicaron 40 números, hasta el 31 de enero de 1863.

Sin embargo, en el ambiente académico y periodístico, comenzó a abrirse paso la idea de la necesidad impostergable que existía de encarar la reforma de la ley de 1846. En su discurso de incorporación a la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, pronunciado el 31 de julio de 1863, el señor don Aniceto Vergara Albano, abordó el tema de la conveniencia de perfeccionar el jurado como tribunal único que debía conocer de los abusos que se cometían en el ejercicio de la libertad de imprenta, y que constituía una cara expresión de progreso que habían hecho las ideas en favor del perfeccionamiento democrático. En su opinión la ley de 1846 había hecho una distinción sofística y arbitraria entre la determinación o calificación del hecho y la aplicación de la pena y entregado en manos del juez de derecho la suerte del impreso acusado. Reconocía en la prensa una especie de papel tutelar sobre la sociedad. «La prensa, en los tiempos modernos, decía, es la salvaguardia de todos los derechos, de todos los principios, de todos los intereses, de todos los poderes constitutivos de la libertad y del orden público; ella es el centinela de los pueblos que denuncia los abusos, los errores, y las faltas de los mandatarios e impide, con la discusión y la publicidad, que se violen las garantías individuales y se trastornen las condiciones de la vida y del progreso de la sociedad».

En su *Memoria* de 1864, el Ministro del Interior don Alvaro Covarrubias, se pronunció igualmente en favor de la reforma de la ley de imprenta, y un año más tarde *El Mercurio* de Valparaíso, en un editorial de 21 de julio de 1865, decía lo siguiente: «Una de las leyes más absurdas, más viciosas, más inconstitucionales, y que, sin embargo, más ha contribuido a labrar el desprestigio de nuestra Constitución, es la ley de imprenta de 1846. Delante de esa ley, la libertad de la prensa de que gozamos en Chile es una infracción constante, porque si sus preceptos hubieran de imperar, la más severa represión habría seguido a la más mode-

rada de las discusiones que ha provocado la reforma constitucional, y en rigor, las líneas que trazamos en este instante serían acreedoras a una represión penal».

Dos años antes, en 1863, había visto la luz un periódico ilustrado, político, literario y de novedades, *El Cóndor*, que dirigió don Manuel Blanco Cuartín, que también adornó sus páginas con caricaturas. De este periódico sólo se publicaron ocho números.

Al año siguiente, 1864, de tanta significación en nuestra historia política, se dió nuevamente a los moldes *El Correo Literario*, y en sus páginas escribieron las más grandes plumas de la época: don Justo y don Domingo Arteaga Alemparte, don Manuel Blanco Cuartín, don Eusebio Lillo, don Manuel Antonio y don Guillermo Matta, don José Antonio Soffia, don Eduardo de la Barra, y otros. Más que la sátira cultivó la literatura. Entre las primeras merece recordarse esta semblanza del político, de actualidad en todos los tiempos.

No hace nunca oposición
Quita el paso a los de atrás,
Y con ciega sumisión
Se pone a disposición
Del sol que calienta más.

En el programa que insertó en su primer número de 11 de julio, aludiendo a las caricaturas, decía: «Antes de concluir diremos una palabra sobre las caricaturas. Estas serán de todas clases, de todos tamaños y de todos colores; las costumbres pueden criticarse y corregirse con el lápiz y con la pluma y las buscaremos allí donde creamos encontrarlas, aunque no siempre será el mal lo que busquemos en la sociedad».

La guerra con España dió origen a una publicación satírica, hecha en Valparaíso en 1866, que tomó por título *El Corsario*, segundo de este nombre, cuyo primer número apareció el 27 de marzo, cuatro días antes del bombardeo del puerto por la escuadra española al mando de don Casto Méndez Núñez, y que

ofrece la particularidad de haber impreso dos ediciones con caricaturas diferentes. Ese periódico no tuvo, naturalmente, otro propósito que vapulear a los españoles, desde la Reina, doña Isabel II para abajo, y a sus representantes en esta parte de la América. En su segundo número, de 19 de abril, publicó una caricatura en la que caracterizaba al clero, al ejército y a la monja Patrocinio como sostenedores del podrido trono peninsular, e insertó unos versos de despedida a Méndez Núñez concebidos en estos términos:

Te vas y sin despedirte
cruel ingrato Mari Casto
dejándonos sin consuelo
tu ausencia lamentando.
Por qué tan mal correspondes
amor y cariño tanto
que te tenía este puerto? Ay, Casto,
de recordar tu presencia
y tus terríficos palos
de ciego, casi se mueren
de risa hasta los muchachos
y las niñas que te vieron
el treinta y uno de marzo
hacer tus grandes hazañas
con tanta destreza y garbo.
Y tus tenientes? Tampoco
se han despedido. ¡Qué ingratos!
Aunque tal vez habrá sido
por el pesar de dejarnos...
Pero sea como fuere
aquí quedamos rogando
que no tengan novedad...
buena por donde sus pasos
dirijan que a buen seguro
no será a Huito no Abtao.

Ni allá lleguen ni acá vuelvan,
por su salvación deseamos
ya que no han quedado bien
ni con Dios ni con el diablo
pues que fuiste tan bisoño
pobre almirante castrado.
Has quedado mal con Dios
tirando en sábado santo
y bombardeando sus templos,
en la inteligencia acaso,
de que Dios estaba muerto,
de veras ah! ¡qué bárbaro!
Y también con Pichiñique
o por otro nombre el diablo
te enemistaste borrico
porque le habéis bombardeado
impunemente al *Main top*
del Arrayán y los *cuartos*
diablos que en el Estero
tiene el demonio a su cargo.
Y has quedado muy donoso
con los extranjeros, Casto!
Con la Europa entera
en que por error geográfico
figura también la España
esa nación de gitanos
y de ministros ladrones
y de marinos menguados
y de reinas meretrices
a que perteneces, Casto,
y todos los de tu casta
como Topete y Balcarzo.

Adiós, pues, querido Méndez:
pero no seas ingrato:
no te agravies porque Chile
no ha hecho a tu sucio trapo
el saludo que exigías
de los veintiún cañonazos.

Que te promete este puerto
a quien tanto has obligado,
hacerlos si otra vez vuelves
por aquí con todo rango
aunque con el sentimiento
de que por puro entusiasmo
pueda algún tiro sacarle
las tripas a tu blindada.

Adiós, Brigadier Marica,
cogollito de barraco,
no te olvides de este puerto
que tanto te ha respetado,
en el que tu antecesor
se suicidó despechado
y en donde tú, por cobarde
te has de lo lindo ensuciado.

La violencia de la sátira resulta excusable si se tienen en cuenta las circunstancias en que fué compuesta, a raíz misma del bombardeo de Valparaíso, puerto comercial que no tenía ninguna clase de obras de defensa contra una agresión, y que despertó una profunda indignación en el sentimiento público chileno. Esa virulencia traduce ese sentimiento. De ese periódico se publicaron seis números, hasta el 26 de mayo de 1866.

A principios del año siguiente vió la luz un periódico literario, *El Pueblo*, que en uno de sus números, de 31 de marzo, insertó una sátira de don Antonio José de Irisarri sobre las elecciones y que su autor no recogió en su volumen de *Poesías satíricas y burlescas*, impreso en Nueva York ese mismo año, que fué el penúltimo de su agitada existencia, bien característica de su fácil estilo y de su mordacidad. Comenzaba así:

Hoy es día de elecciones
Para miembros del Congreso.
Aquí tengo yo mi lista:
Todos son buenos sujetos.
Don Cucufate, yo el voto
De Ud. por seguro cuento.

Tiene Ud. aquí a Mariano,
 El hijo del carnicero,
 A Felipe el albañil,
 A Serapio, hijo del tuerto,
 Tambor mayor de milicias
 De aqueste departamento,
 Y a Sempronio Cataplasmas,
 El practicante del médico.
 Estos son los cuatro mozos
 Más conocidos del pueblo,
 Que sabrán mejor que nadie
 Defender nuestros derechos,
 Pues son de pobres familias
 Y profesan odio eterno
 A esos ricos orgullosos
 Que nos miran con desprecio.
 Si en todas partes se eligen
 Unos hombres como aquestos,
 Podremos cantar el triunfo
 Del partido del progreso,
 Y se verán repartidos
 Como es de todo derecho,
 Entre tantos pobretones
 Y entre tantos pordioseros
 Esos grandiosos tesoros
 Que guardan los avarientos.

Y seguía con verso fácil haciendo mofa de que por el sistema del sufragio universal llegaran a los cargos de la representación popular las más caracterizadas nulidades, con lo que se hacía

Una grosera parodia,
 Del sistema democrático,
 Que decimos que se adopta.

El 23 de agosto de 1867 veía la luz pública el primer número de *La Linterna del Diablo*, redactada por don Fanor Velasco, que escribió utilizando los pseudónimos de Barón de Parla Ver-

dades, Juan Lanús y Figarillo. Velasco era un joven que no había cumplido los veinte años de edad, pero que ya había hecho sus primeras armas como escritor satírico. En ese su primer número trazó el programa de su acción literaria y satírica. «No nos faltan operarios y capital industrial, escribía, plumas traviesas para escribir y buriles sólidos para dibujar entre los mismos tipos. Respecto de la caricatura y el chiste, agregaba, *La Linterna* tiene sus creencias, que supone apoyadas por el buen sentido y por el buen tono».

Aludió abiertamente a sus propósitos de incursionar en el campo de la sátira política. «La política, decía, ese vasto campo arado donde todos siembran y donde muchos no hacen más que pisotear el sembrado, no será una de las cuerdas más templadas de *La Linterna*, que no pretende otra cosa que vivir alegremente, agradando o fastidiando a todos los prójimos en general».

Los dibujos del periódico fueron debidos al notable artista don Benito Basterrica, que ya había aguzado su lápiz satírico en las páginas del *Correo Literario*. Desde el primer número comenzaron a caer bajo el látigo de su sátira corrosiva el Presidente Pérez y el Arzobispo Valdivieso, los Ministros de Estado y cuantos se singularizaban por su ardoroso apoyo a la administración, entre los cuales ocupaban lugar destacado los asiduos contertulios a la Picantería de los Amunátegui. El Presidente de la República fué, sin embargo, el que cayó con mayor frecuencia bajo la acción del espíritu burlón de los redactores y del lápiz fácil de los dibujantes: se le caracterizaba viviendo en la ociosidad, durmiendo constantemente o esperando recibir «la breva pelada». En prosa y en verso se le ridiculizó en todos los tonos. En el número 27 del 2 de febrero uno de sus redactores escribía, bajo el título de «Gozos en sueños del Santísimo San Joaco» lo siguiente:

Célebre Joaco a quien tanto
 Tus ministros arlequines
 Y otros cuantos malandrines
 Dicen santo, santo, santo!
 Duerme en paz, chocha deidad
 En tu narcótica esencia,
 Y pues eres excelencia,
 Duerme hasta la eternidad:
 Por esta barbaridad
 En su destemplado canto,
 Sacristanes y arlequines
 Sanguijuelas y pirguines
 Follones y malandrines
 Dicen santo, santo, santo!

Ser sin personalidad,
 Ente inmóvil, poste inerte
 Que nos ha tocado en suerte
 Tener por autoridad,
 Honrando tu potestad
 ¡Oh genio de cal y canto!
 Ministros de volatines
 Diplomatas bailarines
 Y cantores de maitines
 Dicen santo, santo, santo!

Intentó también Velasco en *El Charivari* la semblanza política y psicológica, en versos fáciles no exentos de acierto y agudeza. Así encontramos, entre los de otras personalidades, los retratos de don Antonio Varas, don Federico Errázuriz, don Vicente Reyes y don Joaquín Larraín Gandarillas, rector del Seminario, ex-diputado al Congreso, decidido defensor de la Iglesia y de sus dogmas, a quien retrataba en estos términos:

¿Sabéis quién es? Un hombre de sotana,
 naturaleza adusta y casquivana:
 Todo a su vanidad, todo lo inmola,
 aventajado alumno de Loyola.
 Las beatas, que su gloria juzgan cierta,
 lo miran siempre con la boca abierta.

Fué una vez diputado, y hubo un día,
en que lució erudita algarabía.
Mas daba el infeliz con su voz dura
una vez en el clavo y ciento en la herradura.
Todo lo grande, por subir lo pisa,
y predica y confiesa y dice misa!
Tiene un poder mayor que el de la banda
porque aquí es la sotana la que manda.

La Linterna del Diablo es el primero de los periódicos satíricos en que apunta una intención abiertamente anticlerical, clara expresión de la lucha ideológica planteada ya en el Congreso en el memorable debate de 1865 al discutirse la reforma del artículo 5.º de la Carta Fundamental, que tanto exaltó los espíritus y cuyo eco encontramos en las apasionadas columnas de la prensa. El Arzobispo Valdivieso, hombre de carácter enérgico y batallador, influyente ante los círculos gubernativos, mereció la atención preferente de los redactores del periódico y recibió los vapuleos más sin piedad.

El nepotismo de algunas familias no fué tampoco extraño a la sátira de los redactores de *La Linterna*. Léanse estos versos, intitulados «Una partida del Presupuesto», alusiva a la familia Blest Gana:

El padre gana dos mil
Diez mil también gana un hijo
A más, siete mil, de fijo,
Gana el que está en el Brasil.
Seis mil mundos y lirondos
Por fin don Joaquín Blest gana;
Total de la caravana
25.000...! redondos
Viva el gobierno Cachaza
que por diversos modos
Es gobierno para todos...
Los de la casa.

Pero con quien *La Linterna* se ensañó con crueldad fué con Benjamín Vicuña Mackenna, que había recibido del gobierno la misión de adquirir en Estados Unidos algunos barcos para la escuadra, con ocasión de la guerra con España, y al que acusaba abiertamente de peculado. En el número 5 de agosto de 1868 insertó la siguiente sátira:

Señor, señor! ¡hasta cuandol
 ¿por qué me tratáis así?
 ¿qué delito cometí
 contra vosotros pescando?
 Aunque si pesqué ya entiendo
 que el delito perpetrado
 bastante causa le ha dado
 a vuestra justicia y rigor,
 pues el delito mayor
 del hombre es haber pescado.
 Más juro al *Ferrocarril*
 que si el millón se hizo enredos,
 quedaron entre mis dedos
 tan sólo doscientos mil.
 ¿En qué más os puede herir
 para castigarme más?
 ¿No pescaron los demás?
 Y si los demás pescaron
 ¿Qué privilegio gozaron
 que yo no gocé jamás?

Una acción similar, de crítica y sátira despiadada contra la administración imperante, desarrolló *El Charivari*, cuya publicación se inició en 1867 y alcanzó hasta 1869, con un total de 126 números (1). Sus caricaturas eran muy agudas y a través de sus chistes, sus alusiones intencionadas y sus veladas sugerencias,

(1) *Charivari* es una palabra francesa con que se designa un ruido discordante, producido con sartenes, cacerolas, silbidos, gritos, etc. Equivale a la palabra castellana cencerada.

Charivari fué un periódico satírico fundado en París én 1835, y que

quedaban en descubierto las ambiciones de los políticos, los desaciertos de los gobernantes o el concepto en que los tenía la opinión ilustrada. Los más candentes tópicos de la política del día surgen vigorosos de sus risueñas páginas; la candidatura presidencial de don Federico Errázuriz, la acusación a la Corte Suprema de Justicia, los jurados de septiembre de 1868.

«El año de 1868 fué de vivísima agitación política y luchas tenaces en la prensa, las reuniones populares y la tribuna parlamentaria, escribía Rómulo Mandiola. Iniciada en el seno de la Cámara de Diputados la acusación a la Corte Suprema de Justicia, fué llevada a la prensa y discutida aquí y allí, en periódicos y folletos, en la tribuna y en la prensa. Aquello era un campo de Agramante. Tenía el Presidente de la Corte Suprema, primer objetivo de la acusación, ardorosos partidarios en el seno de la opinión pública y tuvo también hábiles, tenaces y valientes defensores. Los ánimos fueron exaltándose más cada día y la prensa contribuyó en mucho a que la guerra tomase aspecto cada vez más cruel. Los periódicos de guerrilla, como *El Charivari* y *La Linterna* tomaron por su cuenta las más altas reputaciones y las despedazaron sin piedad, siempre que no fuesen de sus simpatías» (1).

Acosado por los ataques de la prensa, Vicuña Mackenna acusó al diario *El Ferrocarril* y los periódicos *La Linterna del Diablo* y *El Charivari*. El jurado que entendió en la causa del primero se reunió el 10 de septiembre de 1868. Vicuña Mackenna pedía se le condenara a mil pesos de multa y al editor a cuatro años de prisión. El fallo del jurado absolvió al redactor del diario, José Francisco Godoy, después de consignarse en un acta que

treinta años más tarde había alcanzado una gran difusión. Su autor, Charles Philipon, había fundado en 1830 el semanario *La Caricature*, y cinco años más tarde, *Charivari*. El periódico chileno imitó hasta el formato del periódico francés.

(1) *El Curioso Ilustrado*, 7 de noviembre de 1881.

no había tenido el propósito de formular cargos que afectasen su dignidad como hombre público y privado.

El jurado de *La Linterna* se reunió el 14 de septiembre y en él tanto el acusador como el acusado hicieron su propia defensa. Velasco, versificador fácil intercaló en ella algunos versos, en los que haciendo el retrato físico del historiador santiaguino decía:

Al ver el aspecto físico
del señor acusador,
parece un enorme error
el pensar que ha estado tísico.
Más bien que creerlo un ético,
en sus piernas vacilantes,
a juzgar por su semblante
lo tengo por apoplético.

Y más adelante decía:

Resulta, pues, señores, de lo expuesto
que no hay en los renglones acusados,
una frase, una sílaba, ni un gesto,
que hablando seriamente,
puedan herir la fama
ni enrojecer la inmaculada frente
del que ha llamado a *La Linterna* a juicio
haciéndole, en verdad, un beneficio.

No fué, en realidad, tan considerable el beneficio, pues el fallo del jurado condenó al editor a cuatrocientos pesos de multa y al pago de las costas del juicio.

El redactor del *Charivari* acusado, era el joven Luis Rodríguez Velasco, que por entonces tenía treinta años de edad. El fallo del jurado le fué igualmente adverso: se le condenó a una multa de cientotrenta pesos y a pagar las costas del juicio.

La sátira política quedó desde entonces incorporada en nuestros anales periodísticos y literarios, y el ejemplo de tolerancia dado por el Presidente Pérez sería imitado por sus sucesores.

V

LA SÁTIRA POLÍTICA DURANTE LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL DE 1875

Derogada la draconiana ley de 1846, amenazadora herramienta de opresión del pensamiento, y bajo la protección de las disposiciones de la ley de 17 de julio de 1872, la actividad periodística no encontró obstáculos para su labor renovadora, de crítica despiadada y demoledora. El gobierno no se alzaba ya con gestos amenazadores, y el ejemplo de moderación y templanza que había dado el Presidente Pérez, riéndose él el primero de cuantos lo satirizaban con crudeza y punzante ironía, fué seguido, apenas con una leve sonrisa de reproche, por sus sucesores. A la sombra de la tolerancia del poder público y bajo la protección de la ley de imprenta, al encenderse de apasionamiento la opinión, al impulso de las pasiones de partido, floreció la sátira política como expresión de tolerancia social y progreso cívico.

En tres lustros la cultura nacional había hecho progresos tan considerables que las manifestaciones de la opinión pública se hacían cada día más intensas y acentuadas: ayer no más la candidatura presidencial del señor Pérez había surgido del seno de un estrecho círculo santiaguino, diez años más tarde se reunieron Convenciones políticas para designar a los aspirantes a la sucesión presidencial, y al plantearse la misma cuestión en 1875, la opinión se agitó a lo largo de todo el país. La expresión de ese incontenible progreso de la cultura democrática lo vamos a encontrar en los números periódicos de caricaturas que van a sostener o combatir las candidaturas presidenciales que se iban a disputar el favor del electorado.

Apenas lanzado don Benjamín Vicuña Mackenna en su ardorosa campaña política surgieron como por encanto los periódicos de caricaturas, redactados con intencionada pluma. Como desde el primer momento no fué un secreto que el autor de la

Historia de Santiago contaba con las simpatías del partido conservador, y con la hostilidad declarada del gobierno, a cuya sombra prosperaría la candidatura de don Aníbal Pinto, el lápiz de los dibujantes y la pluma de los versificadores aludió con frecuencia a los personajes de la Iglesia. Uno de los primeros en salir a la arena de la lucha periodística fué *El Padre Cobos*, que utilizó el mismo título de un periódico satírico publicado en Madrid veinte años antes (1) cuyo número inicial circuló el 29 de mayo de 1875, y terminó el 29 de julio del año siguiente. Fué redactado por don Juan Jacobo Thompson en opinión del bibliógrafo Briseño. Combatió con rudeza la candidatura de Vicuña Mackenna y exteriorizó sus simpatías por la personalidad de don Miguel Luis Amunátegui. En el número 2, de . . de junio, hizo una parodia de la sátira de Mora contra Ovalle y Portales, y escribía:

El rebaño clerical
Se encuentra en grande alboroto
Todo vínculo está roto:
Es aquello un San Quintín.
Los culpables son Crescente
Y el prebendado Joaquín.

(1) *El Padre Cobos* fué el título de un semanario satírico que se publicó en Madrid de 1854 a 1856, que contribuyó a la caída del gobierno que presidía el general Espartero, y en el que escribieron los señores Adelardo López de Ayala, José Selgas, Cándido Nocedal, Esteban Garrido, Navarro Villoslada, Emilio Arrieta y Eduardo G. Pedroso, que hacía de director.

«Los intereses atacados por Espartero, escribe el historiador Hume, eran todavía potentes y vigorosos. El clero y los reaccionarios no dejaron ociosa ninguna arma que le dañase, desde el levantamiento de partidas carlistas hasta las picantes sátiras de *El Padre Cobos*; y Espartero, por su pobreza de espíritu, por su fanfarronería y sus actitudes teatrales, estaba especialmente expuesto al arma temible del ridículo».

Historia de España contemporánea, pág. 392.

El primero está mandando
En la corte episcopal
El otro se halla muy mal
Con don Rafael Valentín.
Uno se llama Crescente
Y el segundo don Joaquín.

Con la firma del prelado
Aquél lanza excomuniones.
Hace el otro contorsiones
Porque no puede influir.
Uno se llama Crescente
Y el segundo don Joaquín.

Este periódico no tuvo larga duración. En su primera época publicó 62 números, reapareció el 31 de mayo de 1877, año en que publicó cinco números y lo resucitaría más tarde, el 1.º de abril de 1881, el laborioso escritor satírico don Juan Rafael Allende. (1)

Por esos mismos días salió a luz un periódico, *El Jote*, en el que el insigne poeta lírico don José Antonio Soffia haría su estreno como escritor satírico, con el propósito de combatir a los personajes de la curia, que habían encontrado su panegirista en la pluma de don Rómulo Mandiola en las páginas de *La Noche*. Soffia contó con la ayuda de don Fanor Velasco, que ya se había dado a conocer como versificador fácil e intencionado en *El*

(1) La participación de Allende en esta primera época del *Padre Cobos* está un poco en la penumbra. El 6 de mayo de 1899, con ocasión de cumplir sus bodas de plata como escritor satírico, escribía lo siguiente en el *Poncio Pilatos*: «En mayo 6 de 1875 daba yo a luz el primer número de *El Padre Cobos*. ¡Veinticuatro años de periodismo anticlerical y democrático! Veinticuatro años de lucha diaria, incesante, sin más descanso que mis gravísimas enfermedades y mis carcelazos y persecuciones. Veinticuatro años de lucha contra el clero, contra la oligarquía chilena y contra los pícaros de todos los partidos políticos. Veinticuatro años en que he sido víctima de todas las hostilidades y venganzas de todos o de casi todos mis conciudadanos».

Charivari y La Linterna del Diablo. La dedicatoria del primer número de *El Jote*, dirigida al Arzobispo de Santiago don Rafael Valentín Valdivieso, decía así:

Ilustrísimo señor:
A vuestro amparo me acojo:
La ley del «ojo por ojo»
Es mi divisa de honor.

Para responder al reto
De vuestra piadosa grey
No puede haber otra ley
Más apropiada al objeto.

Sin temer vuestro reproche
Usaré un estilo igual
Al estilo episcopal
Que le habéis dado a *La Noche*.

Embromar a los que embroman
Es obra cristiana y pía:
Sabe Vuestra Señoría
Que donde las dan las toman.

Siempre fiel a mi divisa
Si me pican, picaré;
Si callan, me quedaré
Calladito como en misa.

Mas si el insulto ruin
Sigue empleando vuestra gente
Pagaran Diente por Diente
Don Crescente y don Joaquín:

Y al rencor dando rencor
Y oponiendo hiel a hiel,
¡Habrá guerra sin cuartel,
Ilustrísimo señor!

Y en el número siguiente las emprendió sin consideración alguna, contra las más destacadas personalidades de la Iglesia, de quienes decía, en unas estrofas intituladas «¡Apriétale!», lo siguiente:

Quien con torpe disimulo
Quiere disfrazar los nombres,
Es en medio de los hombres
En vez de Rómulo, Mulo...

Y su prelado aunque tieso
No muy pulido en la forma,
No será según tal norma
Valdivieso, sino Avieso...

El que de Coquimbo ciego
Vino a hacer un desatino,
Volvió sobre su camino
En vez de Orrego, Borrego...

El Ilustrísimo Salas
¡El famoso Mata-tías!
Firmará sus Homilias
No ya Salas, sino Calas...

Y el chilotito Solar
Que firma sólo en barbecho,
Será después de lo hecho
No Solar, sino Zorzal...

Conque dejarse de adulos,
Pues por poco los obispos
Quedarán vueltos en chispos
Y los Rómulos en Mulos...

Pero así como hubo periódicos que, dóciles a la influencia gubernativa, combatieron con rudeza la personalidad y las aspiraciones presidenciales del historiador santiaguino, hubo otros como *El Chicote*, cuyo primer número apareció en Valparaíso

el 26 de junio de 1875, fundado por don Julio Chaigneau (1), en opinión de Briseño, con la colaboración de los señores Rafael Egaña, Federico Cruzat y otros, que la sostuvieron ardorosamente. Desde el primer número puso en solfa a los miembros de la administración comenzando por el Intendente de Valparaíso, don Francisco Echaurren, a quien aludía en los siguientes versos:

Vamos alzando la pencea
 Para empezar chicoteando.
 Que quien necesite huasca
 No ha de faltar. Por lo tanto,
 Amarrarse los calzones,
 Señores politicastros,

Adulones del poder,
 Sanguijuelas del erario,
 Que *El Chicote* es cosa seria
 Y las dará por lo blando.
 Aunque pelados les deje
 Los huesos del espinazo.
 Ya tengo una hornada en lista,
 Principiando por don Pancho,
 Que se ha de acordar de mí
 Como dos y dos son cuatro.

(1) Como son muy pobres las noticias literarias y biográficas que existen de algunos de estos escritores satíricos, consideramos de utilidad reproducir lo que escribía *El Curioso Ilustrado* de 21 de noviembre de 1881 sobre Chaigneau. «Escritor satírico de costumbres, decía. Ha escrito durante muchos años revistas de la semana, artículos sueltos y publicó un periódico literario en Valparaíso, *La Semanal*, periódico que tuvo una envidiable aceptación; pero lo que más fama de satírico ha dado a Chaigneau ha sido, sin duda alguna, sus trabajos dramáticos, *El dependiente de Aduanas*, *Astucia quieren las cosas* y otros. Es uno de los pocos jóvenes que en la mercantil Valparaíso roban a sus ocupaciones algunas horas para dedicarlas al cultivo de la literatura».

Quince números se dieron a los moldes, de esa hoja, hasta el 17 de junio de 1876. El bibliógrafo Briseño apunta que con ocasión de la campaña presidencial vió también la luz un número de *El Tigre*, en 1876, para combatir la candidatura Vicuña Mackenna, fundado por don Juan C. Vera y redactado por don Carlos Grez Torres.

Pero la sátira más sangrienta a que dió origen esa clamorosa campaña de opinión, la primera en nuestros anales políticos en que se sintió hondamente comprometido el sentimiento popular, fué la que se dió a los moldes en forma anónima en 1876, con el título de *Exequias del ex candidato popular*, en cuyas fáciles e intencionadas estrofas los historiadores de las letras nacionales ven la pluma del poeta lírico don José Antonio Soffía.

Desde la primera estrofa un humorismo de buena ley circula a través de sus páginas.

Hay momentos horribles en la vida
Capaces de afligir al más pacato,
Como el momento de la atroz herida
Que ha muerto para siempre al candidato...
Es martes veintidós; está reunida
La Junta Popular... Por largo rato
Reina un silencio sepulcral... Las caras
Largas estan ¡muy largas!... de tres varas!...

Suspira Benjamín, jura Isidoro,
Cotapos rabia, y gesticula Claro.
Mandiola echa un barril por cada poro
Y observa Marcolín con gesto raro...
Calla Valdés Vicuña, que es un loro,
Mpraga en su aflicción parece un traro...
Osea se suena, y lanza en su estornudo
Al niño Larrain... alias Zancudo.

Describía a continuación las lamentaciones de los partidarios del candidato vencido, pintándolos a todos como aspirantes

a empleos, para recoger en seguida el eco atribulado del propio candidato.

¡Qué bailes, qué paradas, qué banquetes,
 Procesiones, Te Deum, Romerías,
 Qué luces, qué castillos, qué cohetes
 Qué títeres soñaba, y qué alegrías.
 Mi busto colocado entre pebetes,
 Mi retrato esculpido en... las sandías...
 Borracha la nación hasta las uñas
 ¡¡Y en todos los empleos los Vicuñas!!!

Maldito sea siempre Altamirano,
 Que con esa elocuencia no aprendida
 Convirtió mi esperanza en sueño vano
 Y disipó el encanto de mi vida!...
 ¡Yo convertido en simple ciudadano!...
 ¡Yo sin dar cada tarde una comida!...

¡¡Pinto de Presidente!!! Oh suerte negra!
 Y el pueblo en vez de herir, ríe y se alegra!...

Perder viajes, programas y retratos,
 Perder tantos pasteles, tantas sopas,
 Tantas cartas ¡Dios mío! tantos ratos,
 Tantos besos y abrazos... tantas copas...
 ¡Pueblos de flotas, pueblos mentecatos,
 De lerdos asnos destroncadas tropas:
 ¡La intervención os encajó su cala!...
 ¡Que os lleve Lucifer en hora mala!...

Un epitafio final cerraba con aguda ironía esa sátira sangrienta:

Aquí yace un coludo ex candidato
 Que a la punta del cerro a parar vino
 Por haber cometido el desatino
 De quererlo hacer todo, como el pato...

Periodista, abogado, literato,
Agente, historiador, edil, marino,
Hacer farsa y mentir fué su destino
Y un bombo con bigotes su retrato...

De hablar sólo de sí tuvo el prurito,
Encajar la chacota en lo más serio
Y entrometerse en todos los asuntos.

Por fin murió... y es justo que solito
Se quede aquí sin ir al cementerio
¡Para que deje en paz a los difuntos!

Ese mismo año 76 reapareció *La Linterna del Diablo*, pero sólo publicó cinco números, desde el 5 de mayo hasta el 3 de agosto.

Desde esta época vamos a ver surgir la sátira política con vientos de prosperidad o síntomas de agonía, según fuera la intensidad de las pasiones que sacudieran a la opinión pública.